

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION.

DIVISION.—*Cuatro disposiciones son necesarias para comulgar dignamente y con fruto. Una fe respetuosa que nos haga discernir; una fe prudente que nos haga examinarnos; una fe ardiente que nos haga amar; una fe generosa que nos haga sacrificar. Este es el compendio de la doctrina del apóstol y el asunto de este discurso.*

Primera disposicion. *Una fe respetuosa que nos haga discernir* que no obstante el velo con que el verdadero Moisés se cubre sobre este santo monte, no deja de ver toda su gloria; que con solo mirar al santuario se deja sobrecoger de un religioso temor; que siente todo el peso de la presencia de un Dios, y atemorizado exclama como Pedro: *Retiraos de mí, que no soy mas que un hombre pecador.*

¿Pero ha quedado algo de esta fe en la tierra? Se cree, pero con una fe superficial, que se queda, por decirlo así, en la superficie de este Sacramento, y no profundiza su virtud y sus misterios; que se termina en unos exteriores respetos; que nada siente, que no produce aprovechamiento en la vida; en una palabra, que nada tiene de vivo, grande, sublime y digno del Dios que nos manifiesta.

Segunda disposicion. *Una fe prudente que nos haga examinarnos:* ¿pero acerca de qué hemos de examinarnos? Acerca de la santidad de este Sacramento y de nuestra corrupcion: él es la carne de Jesucristo, el pan de los ángeles; es el Cordero sin mancha, que no quiere se acerquen al altar sino aquellos que ó no han manchado sus vestiduras ó que las han lavado con las lágrimas de la penitencia; es un ázimo puro, y así es preciso estar libres del viejo fermento para comer de él; es la vianda de los fuertes: una alma flaca, vacilante, poco firme, que se mueve á todos vientos, que se retira al primer obstáculo, que se rompió contra el primer escollo, no está en estado de sustentarse con él; es la Pascua de los discípulos de Jesucristo, y así es preciso ser del número de éstos para poder participar de ella, esto es, negarse á sí mismo, llevar su cruz y seguirle: finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados los astros. Desterremos, pues, de nuestros corazones todo lo que es indigno de su santidad.

Tercera disposicion. *Una fe ardiente que nos haga amar.* Mucho deseo he tenido de comer esta Pascua con vosotros, decia Jesucristo á sus discípulos: ¿qué quiso, pues, darnos á entender con esto? Que es necesario llegar á esta divina mesa con un corazon abrasado, penetrado y consumido de amor; con un corazon impaciente, apresurado y deseoso; con una hambre y una sed de Jesucristo, que nos inste á ir á gustar cuán suave es el Señor. ¡Pero ay! unos llegan con disgusto y con una repugnancia criminal; otros llegan con un corazon pesado, un gusto desabrido, una alma de hielo; de modo que las imágenes del mundo y de sus pasiones hacen en ellos impresiones mucho mas vivas que la presencia de Jesucristo y que la memoria de sus misterios. De este modo llegan al altar y vuelven de él todos los dias

con las mismas flaquezas y las mismas imperfecciones. ¡Qué motivo para temblar!

Cuarta disposicion. *Una fe generosa que nos haga sacrificar.* Esto es lo que llama el apóstol anunciar la muerte del Señor. Se anuncia, pues, la muerte del Señor, llevando al Santuario un espíritu de muerte y de martirio; un sincero deseo de salir de esta cárcel de barro para gozar de Jesucristo; un cuerpo mortificado é inmóvil para las obras de pecado; unos ojos cerrados desde mucho antes á cuanto puede ofender el pudor; una lengua cercada de una guardia de circunspeccion; unos oídos impenetrables á los silbidos de la serpiente; una alma insensible, tanto á los desprecios como á las alabanzas; una alma superior á los sucesos de la tierra, indiferente á las revoluciones de la vida, igual en la buena y en la mala fortuna, y siempre atenta á caminar con firmeza hácia la eternidad.

No quiero por eso excluir del altar á todos aquellos que no han llegado aún á la perfeccion de este estado; pero á lo menos es necesario caminar hácia él y tener sus primicias; sin esto el comulgar es hacerse culpable del cuerpo y sangre del Redentor.



PABA EL DIA DE NATIVIDAD.

DIVISION.—Jesucristo con su nacimiento viene á dar gloria á Dios y paz á los hombres. I. A Dios la gloria que los hombres habian querido quitarle. II. A los hombres la paz que ellos continuamente se quitaban á sí mismos.

Primera parte. La idolatría tributaba á la criatura el culto que el Criador se habia reservado para sí solo; la Sinagoga no le honraba mas que con los lábios y con exteriores respetos, que no eran dignos de su Majestad; la filosofía le quitaba la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría; tres llagas esparcidas sobre toda la redondez de la tierra, las que vino á curar Jesucristo.

1. El honor que da á Dios su alma santa unida al Verbo, desagracia primeramente á su suprema Majestad de los honores que hasta entonces la habia negado el mundo. Una multitud de fieles discípulos, instruidos por este hombre-Dios, abre los ojos á la luz; el mundo reconoce á su autor, y Dios vuelve á tomar posesion de sus derechos. Este es el primer beneficio del nacimiento de Jesucristo. ¿Pero nos aprovechamos de este beneficio? Nosotros no adoramos ya falsos ídolos; ¿pero no ponemos en su lugar al mundo con todos sus placeres?

2. No se contenta Jesucristo con manifestar á los hom-

bres el nombre de su Padre, sino que le forma adoradores en espíritu y verdad, que en nada tendrán los exteriores respetos si el amor no los anima y santifica. ¿Podemos gloriarnos de ser del número de estos verdaderos adoradores? ¿A qué se reduce nuestro culto? A algunas observaciones exteriores, y aun esta es la religion de los mas prudentes. Este es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo, en el que nosotros no tenemos casi ninguna parte.

3. Finalmente, los hombres quisieron quitar tambien á Dios la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría. Los filósofos, forzados á reconocer un solo Ser Supremo, se le representaban ó como un Dios ocioso y sin cuidado de las cosas humanas, ó como un Dios sin libertad y sujeto á un fatal enlace de sucesos necesarios. Jesucristo viene á dar á su Padre la gloria que los vanos razonamientos de la filosofía le habian quitado, y pidiéndonos el sacrificio de nuestras cortas luces, nos enseña lo que debemos conocer del Ser Supremo y lo que debemos ignorar. ¡Pero ay! ¿dónde se hallan entre nosotros los fieles que hacen á la fe un sacrificio entero de su razon?

Segunda parte. *El nacimiento de Jesucristo da á los hombres la paz que ellos continuamente se quitaban á sí mismos.*

La soberbia, la sensualidad, los ódios y venganzas habian sido los funestos manantiales de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre. Jesucristo viene á darle la paz agotándolos con su gracia, con su doctrina y con su ejemplo.

Digo que la soberbia fué la primera raíz de las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furores no habia encendido esta funesta passion en la tierra? Pero lo que pasaba exteriormente no

era mas que una imágen de las turbaciones que el hombre soberbio padecia en su interior. Jesucristo, desacreditando con su nacimiento pobre y despreciado los bienes y la gloria humana, restablece en el mundo la paz que habia destruido la soberbia; buscad, no obstante, entre los cristianos esta paz feliz que debiera ser su herencia; no la hallareis ni en las ciudades, ni en el recinto de las paredes domésticas, ni en los palacios de los reyes, ni aun en el santuario.

Los deleites carnales no habian excitado menos turbaciones que la soberbia en el mundo. Jesucristo viene á sacar á los hombres de este abismo de corrupcion y á darlos la paz, restituyéndoles la inocencia y libertad que les habia quitado la tiranía del vicio. Nace de una Virgen, y la mas pura de todas las criaturas; de este modo honra ya á una virtud ignorada del mundo y á la que su mismo pueblo miraba como oprobio; además, uniéndose á nuestra carne, la purifica, la hace templo de Dios y santuario del Espíritu Santo. ¿Pero no profanamos aún nosotros este santo templo? ¿Las vergonzosas pasiones no turban aún la tranquilidad de los imperios, el reposo de las familias, el orden de la sociedad, la buena fe de los matrimonios, etc.?

Finalmente, el nacimiento de Jesucristo, haciendo de todos los pueblos un solo pueblo, y de todos sus discípulos un corazon y una alma, apaga todas las enemistades y todos los ódios; último género de paz que trae á los hombres, y de la que ellos no saben aprovecharse.

